

DESDE **10** AÑOS

Niño Terremoto

Andrés Kalawski Isla

Ilustraciones de Andrea Ugarte

Niño Terremoto es, a la vez, varios libros y uno solo. Es una bodega y una selva, una obra de teatro, un cuento y un juego. Un libro que se puede leer en solitario o en grupo, y que además contiene una historia dentro de otra. Todo comienza con un terremoto y un grupo de niños en la bodega de un colegio. Ahí descubren "Niño Terremoto, un cuento shuar". Un relato que explica, en clave mítica, el origen de los terremotos y que permite hablar de los miedos que sentimos cuando se mueve la tierra bajo nuestros pies.

ALFAGUARA

INFANTIL

ISBN: 978-956-15-2517-7



ALFAGUARA INFANTIL

Niño Terremoto

Andrés Kalawski Isla

Ilustraciones de Andrea Ugarte



ALFAGUARA

Andrés Kalawski Isla

Niño Terremoto

ALFAGUARA


© Del texto: **Andrés Kalawski**, 2011
© De las ilustraciones: **Andrea Ugarte**, 2011
© De esta edición:
2015, **Santillana del Pacífico S.A. Ediciones**
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.santillana.cl/lij

ISBN: 978-956-15-2517-7

Nº de registro: 206.237

Impreso en Chile. Printed in Chile

Primera edición: enero 2015

Diseño de la colección: Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

SANTILLANA



NIÑO TERREMOTO

Andrés Kalawski Isla

Ilustraciones de Andrea Ugarte

ALFAGUARA


Índice

Introducción.....	7
La obra.....	9
El final	57

Niño Terremoto

A Milena, Gala, Inés y Francisco, que me obligaron a inventar esta historia.

Hola. Esta es una obra de teatro. O sea, es una obra dramática, que es como se llaman las cosas que se escriben para que se conviertan en obras de teatro. Está escrita más o menos como se suelen escribir. Las acotaciones, que en esta obra están entre paréntesis, son esas cosas que me gustaría que pasaran en vez de decirse, a diferencia del diálogo. Si te resulta más cómodo, puedes leer las acotaciones en voz alta y que el público se las imagine. Algunas puedes saltártelas, también.

La obra pasa en una bodega y en la selva. En las acotaciones hay algunas ideas para sentirse en esos lugares sin tener que viajar, porque si no la obra sería muy larga y difícil de hacer. Pero puede que se te ocurran ideas mejores. Úsalas.

Esta obra cuenta dos historias distintas. Si te parece mejor, puedes contar una sola. También hay algunos chistes, que seguro puedes mejorar.

Escribir teatro no es como hacer una receta de cocina. No se trata de seguir instrucciones para

que salga bien. Se parece más a construir una plaza con juegos. No importa si nadie usa el balancín, si se columpian de guata o si se trepan por el refalín en vez de bajarlo. Importa que lo pasen bien y que al final, después de jugar, se acuerden de darles las gracias a sus amigos, a quien los llevó y a quien preparó los juegos.

[Una especie de bodega bastante desordenada. Cajas de cartón con libros viejos. Otros libros desparrramados en el suelo. Si no hay, bastan cartones con lomos de libros dibujados. Probablemente vamos a necesitar algunas hojas de papel que se puedan doblar y romper. Un libro grande, abierto, donde los actores pueden consultar si se les olvida algo y pueden leer en voz alta las acotaciones como esta. Otros libros también. Libros de mentira o libros de verdad que no importe si se rompen. Uno de origami, un libro de chistes, un diccionario, una enciclopedia, un libro de cuentos de todo el mundo].

[Un temblor. No es tan fuerte como un terremoto, pero tampoco es un temblorcito. Es un temblor que se siente. Todo se mueve. Si creen que el público se puede asustar, a lo mejor es mejor pedirle que colabore para hacer el temblor, teniendo cuidado de no romper cosas ni hacer daño, pero sí haciendo un ruido terrible. Si resulta bien, más adelante, cuando aparezcan los monos, pueden pedirle al público también que los haga].

[Calma, ahora, y ese silencio raro que hay después de los temblores].

[Cuatro niños o niñas. Un adulto tirado y quieto, como muerto. Al principio los niños no lo ven].

UNO: Pero si nos dijeron que nos quedaríamos ahí. Ahí todos juntos.

DOS: Nada que ver. Todo el mundo sabe que no hay que apretujarse en estos casos. Además, no hemos salido del colegio, ¿qué podría salir mal?

TRES: Podría derrumbarse todo el colegio encima nuestro.

CUATRO: No es tan malo. Así no volveríamos a almorzar en el casino.

DOS: Además, si eso pasa, todos sabemos qué hacer.

UNO: Claro, hay que volver al patio.

DOS: Nada que ver. No hay que salir. Hay que ponerse en el “triángulo de la vida”. Como en la esquina entre un mueble grande y una muralla. Uno se agacha ahí y no le pasa nada.

TRES: Claro, a menos que sea una muralla de ladrillos medio sueltos o de adobe y no una pared así entera. Entonces hace así en vez de así y te empiezan a caer de a uno los ladrillos en la cabeza y empiezas a sangrar y gritas y...

UNO: La, la, la. No te escucho, no te escucho...

CUATRO: Yo pensaba que había que pararse debajo de un umbral, así como esperando a alguien. Oye, qué raro.

UNO: Sí, yo no conocía esta parte. Está como cochino.

TRES: Desordenado.

DOS: A mí me parece más bien un orden creativo.

TRES: Miren todos estos libros.

DOS: Son bonitos.

UNO: Me gustan más los libros nuevos.

CUATRO: Oye, pero...

TRES: Están casi todos rotos.

DOS: Es verdad que hay harto polvo.

TRES: Dicen que si uno aspira mucho este polvo, se puede enfermar.

UNO: ¿Por qué estarán aquí? Mira este: *Mil historias fomes*.

DOS: Uf ¿Y este otro? *Tan-tan: el libro de los finales felices* y mira, un libro dentro de otro, más grande. Y adentro tiene uno más chico todavía. Dice *Breve manual de lengua rusa*.

TRES: Y estos. *Una lista de cosas asquerosas*. Y este otro *El libro de hacer cariño*. Uy, es suavcito.

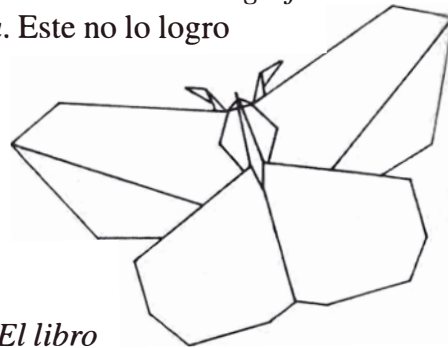
CUATRO: Oigan...

DOS: Este es un libro corto: *Autobiografía de una polilla*. Este no lo logro abrir.

TRES: ¿Cómo se llama?

DOS: *El libro de los secretos*.

UNO: Este se titula *El libro del otoño*.



[Lo toma y se le caen las hojas].

DOS: No conozco a ninguno de estos autores: Adrián Yáñez, Venancio Lisboa, Lidia Boza, Pierre Menard, Javier Villafañe...

CUATRO: ¿Me pueden escuchar? Aquí hay alguien. Parece que está muerto.

UNO: No es divertido.

TRES: Pero es verdad. Fíjense. Un muerto.

CUATRO: Oye, es el auxiliar, es...

DOS: ¿Carlitos?

CUATRO: No, el otro, el que tiene cara como de enojado.

UNO: ¿Ese que hace como así?

CUATRO: ¡Ese! ¿Cómo se llama?

TRES: ¿Quién se atreve a tocarlo?

UNO: No hay que tocarlo, hay que avisarles a los profesores.

TRES: Claro, así nos culpan por haberlo asesinado.

DOS: Si está muerto, no creo que le moleste que lo toquen.

CUATRO: Podemos hacerle cosquillas.

[El cuerpo tirado bosteza. Los niños se quedan quietos, muy quietos. El auxiliar, que es el que está acostado, se levanta lentamente, un poco desorientado. Se estira y vuelve a bostezar. Ahora los niños reaccionan. Uno sale y da una vuelta por el pasillo antes de volver.

Otro se hace un ovillo al lado de un mueble. Otro se para bajo un dintel. Otro se queda quieto].

AUXILIAR: ¿Ya pasó?

UNO: ¡Un muerto que habla!

DOS: No está muerto.

TRES: No, y ahora nos va a acusar por no estar en el patio, con el resto.

AUXILIAR: No, yo no digo nada si ustedes no cuentan lo que vieron aquí.

UNO: Eso es... es un...

DOS: Aquí hay un diccionario.

[Buscan en el diccionario].

UNO: Un chantaje. *[Lee]* “Amenaza de difamación pública o de otro daño para obligar a actuar a alguien de determinada manera”. Qué diccionario más raro, llega solo hasta la “q”.

CUATRO: Oye...

TRES: Ahora no.

AUXILIAR: Sí, es verdad. Pero, por favor, no cuenten que tengo todo esto aquí. *[Bosteza]*. Es que cuando me pongo nervioso me da sueño. Por eso me quedé dormido con el temblor.

CUATRO: Oye... y no me digas que ahora no.

TRES: Ya, qué.

CUATRO: ¿Por qué la foca mira siempre hacia arriba?

UNO: No sé.

CUATRO: Porque está enamorada del foco

DOS: ¿Y eso?

CUATRO: Es un libro de chistes, claro que le faltan las tapas. Escucha, este es otro: ¿cómo se dice “me gusta mucho ese artista” en chino? Soy-su-fan. Este es otro. ¿Qué pasa si se casan un oso y una luciérnaga? Dime que no sabes.

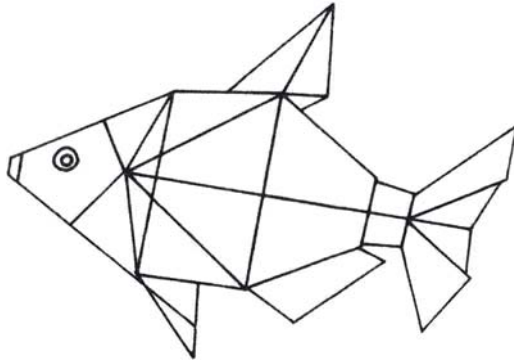
UNO: No sé.

CUATRO: Tienen un “luminosito”. Y hay más: “Chistes de caballeros: ¿cuál es el caballero más gritón? Sir-ena, ¿y el caballero más eléctrico? Sir-cuito, ¿y el más acusetete? Sir-acusa. ¿Y cuál es el caballero más verde? Sir-uela...”

TRES: Ya está bueno. Todos estos libros están incompletos. No sirven.

UNO: Pero sirven para esto.

[El niño exhibe un objeto hecho doblando páginas sueltas de los libros. Puede ser un avioncito, un pez o cualquier otra cosa que ojalá tenga movimiento].



TRES: Oye, estás rompiendo los libros.

DOS: Pero si ya están rotos.

TRES: Los libros hay que cuidarlos.

DOS: Hay que usarlos.

UNO: Los usé para esto.

[Exhibe otro objeto sin forma definida].

CUATRO: ¿Y eso?

UNO: Saqué el diseño de este libro: *Omigari, el antiguo arte japonés de la papiroflexia*.

AUXILIAR: Origami.

UNO: Sí, omigari.

AUXILIAR: No, se dice origami, o-ri-ga-mi.

UNO: Eso mismo. O-mi-ga-ri.

DOS: No entiendo cuál es el problema con que estos libros estén aquí.

TRES: Están llenos de polvo y ácaros. Deberían botarlos.

AUXILIAR: Es que me dijeron que los botara para hacerles espacio a los computadores en la biblioteca y a mí me dio no sé qué, si hay unos bien entretenidos. Pero si la directora se entera de que no le hice caso capaz que me eche [*Bosteza*].

UNO: ¿Que son los ácaros?

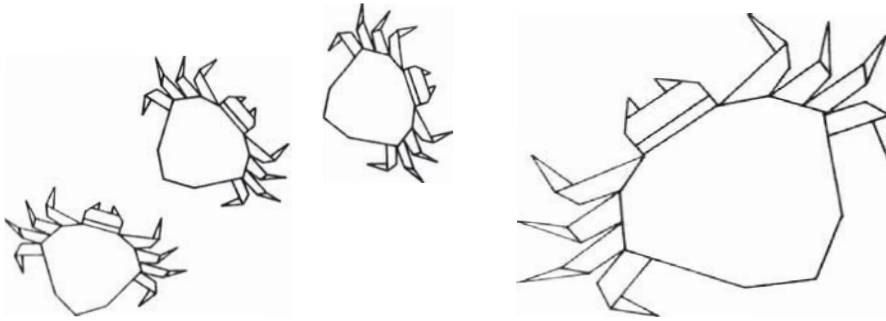
TRES: No sé, pero mi mamá dice que hacen mal.

DOS: A ver... aquí hay una enciclopedia [*Busca la palabra*].

TRES: En el computador se busca hartito más rápido.

CUATRO: ¿Y si se corta la luz, cómo buscas en el computador?

TRES: ¿Y si se corta la luz, como lees el libro? Además, hay computadores con batería.



DOS: Dice que son un tipo de arácnidos diminutos.

TRES: Me cargan las arañas.

CUATRO: A mí me gustan. Una vez tuve una araña pollito de mascota.

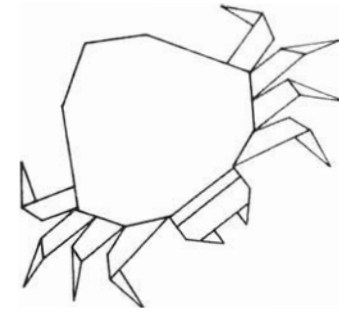
UNO: ¿Y qué pasó?

CUATRO: La regalé porque era muy largo entrenarla. Tenía que enseñarle a dar la pata, a dar la pata, a dar la pata, a dar la pata, a dar la pata, a dar la pata...

UNO: Oye, eso no es verdad, lo sacaste del libro de chistes.

DOS: Dice aquí que hay muchos tipos de ácaros y que hay uno que causa alergia. Tampoco suena tan grave.

AUXILIAR: Es que cuando traje todo esto para acá no lo pensé mucho y ahora no sé qué hacer. Lo estaba pensando cuando empezó el temblor.



UNO: Nos van a retar a todos.

TRES: O algo peor.

DOS: No creo.

CUATRO: Miren, qué divertido, aquí hay un libro como para ahora: *Los malos tiempos: cuentos de desastres del mundo entero...* ¡Tiene dibujos!...¿A ver?... “El diluvio, un cuento de Babilonia”... “La gran estampida de bisontes”... “Tren-tren y kai-kai”... “El gigante bajo el volcán”... “El duende que arruinó las papas”... No, mejor vuelvo a mi libro de chistes.

UNO: No es tuyo.

CUATRO: Da lo mismo. “¿Cuál es el colmo de un astrónomo? Estrellarse. ¿Cuál es el otro colmo de un astrónomo? No es un colmo, es un cosmos... ¿Cuál es el colmo de un vampiro?”

DOS: No sé.

CUATRO: “No es un colmo es un colmillo”

- TRES: A mí me interesa eso de los tiempos malos.
- DOS: No existen los tiempos malos. Es cosa de acomodarse.
- TRES: Claro, diles que se acomoden a los que pierden la casa o a los que se les muere un pariente. Dame el libro.
- DOS: Pero si son tiempos malos, ¿para qué leer esas historias?
- TRES: Porque esas son las mejores. Mira este: “El Niño Terremoto, un cuento shuar”
- DOS: Niño Terremoto, que título más raro.
- UNO: ¿Un cuento qué?
- TRES: Shuar
- DOS: Suena como algo de la India, o como algo persa.
- CUATRO: Una vez fui al persa.
- AUXILIAR: Los shuar son un pueblo que vive en la selva del Amazonas. Los españoles les pusieron “jíbaros”, pero ellos se llaman shuar. Son famosos porque reducen las cabezas de sus enemigos después de matarlos.

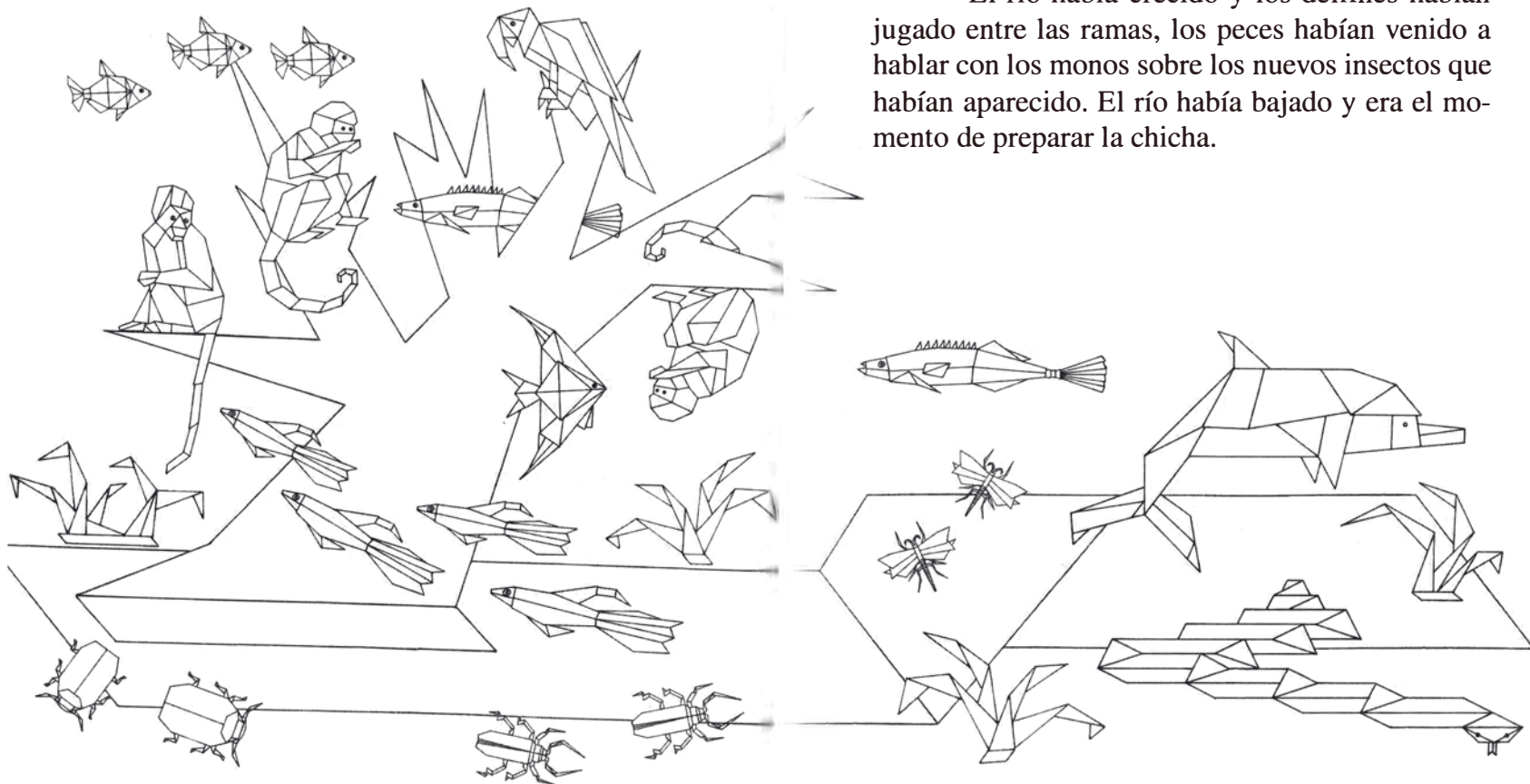
- TRES: ¿Reducidores de cabezas? Uh.
- DOS: A lo mejor les agrandaban el cuerpo. Todo depende.
- UNO: ¿Y cómo sabe todo eso?
- AUXILIAR: Es que cuando tengo un rato libre me vengo acá a leer. Bueno y cuando no tengo libre también vengo. Por eso me da miedo que sepan que tengo esto aquí. Siempre digo que estoy enfermo de la guata y tengo que ir al baño.
- DOS: ¿A ver el cuento? *[Lee un poco]*. Está bueno.
- CUATRO: Léelo en voz alta, mejor.
- TRES: Leámoslo todos.

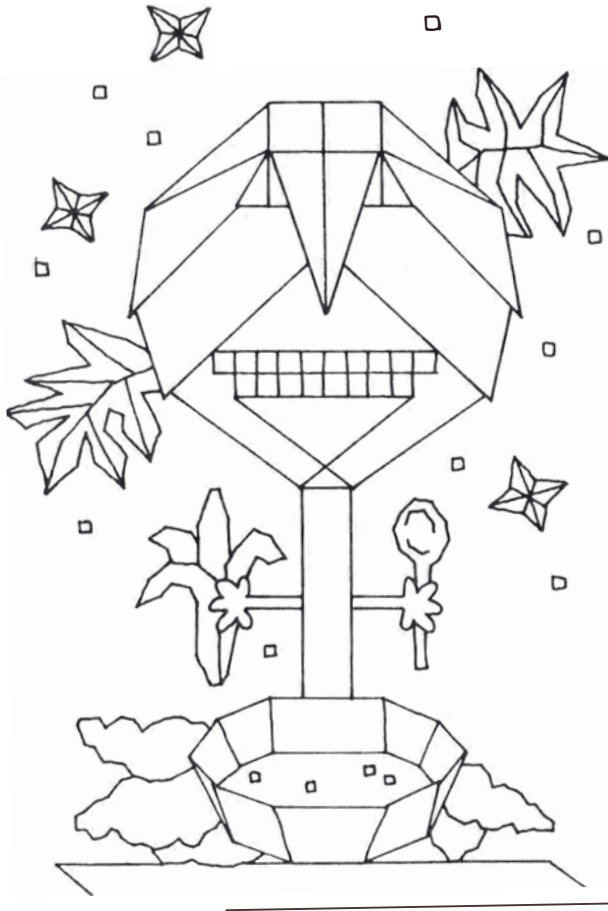
[Ahora va a empezar el cuento. Lo escribí todo de corrido, pero me gustaría que se repartieran la lectura. Si deciden dividirla por personajes, pueden saltarse algunas de esas cosas como “Etsa dijo...”. Cuando se presente un nuevo animal, pueden leer sus características en la enciclopedia, o pueden fabricar antes alguno doblando papel y usarlo como una marioneta, o hacer un chiste como si lo leyeran del libro. Lo mismo con las plantas. Pueden ir parando para hacer aclaraciones, cambios y comentarios o para agregar aventuras. No es obligación leerlo de

corrido del principio al fin. También, si crees que puede resultar, pueden pedirle al público que haga algunos ruidos o imite los desplazamientos de los personajes, sobre todo de los monos que van a aparecer después].

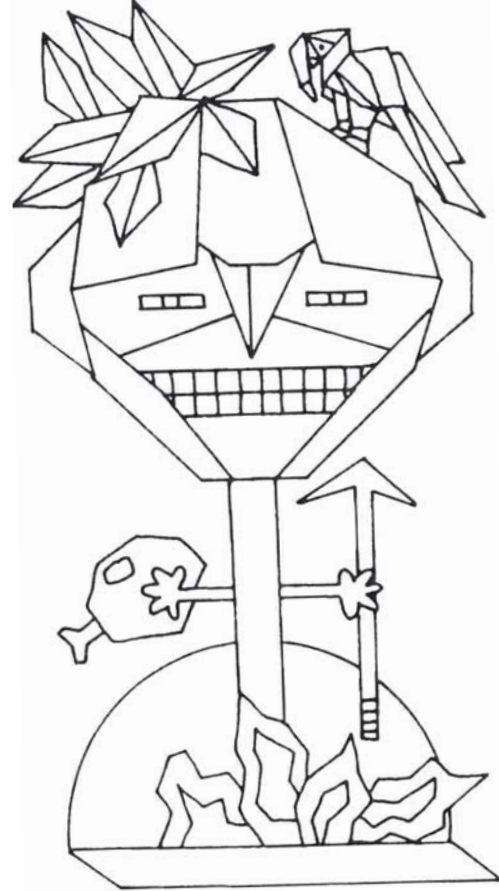
«Antes, cuando ni los más viejos de los nuestros habían nacido, cuando no habían nacido sus madres, cuando las cosas estaban frescas todavía y si se acercaba el oído a una roca se podía escuchar su latido y había que andar con cuidado para no raspar la pintura verde de las hojas. Antes, cuando los armadillos no terminaban de endurecerse porque la selva no estaba lista y hombres y mujeres y espíritus y cosas hablaban directamente, sin necesidad del uwishin. Esta historia ocurrió mucho antes.

El río había crecido y los delfines habían jugado entre las ramas, los peces habían venido a hablar con los monos sobre los nuevos insectos que habían aparecido. El río había bajado y era el momento de preparar la chicha.

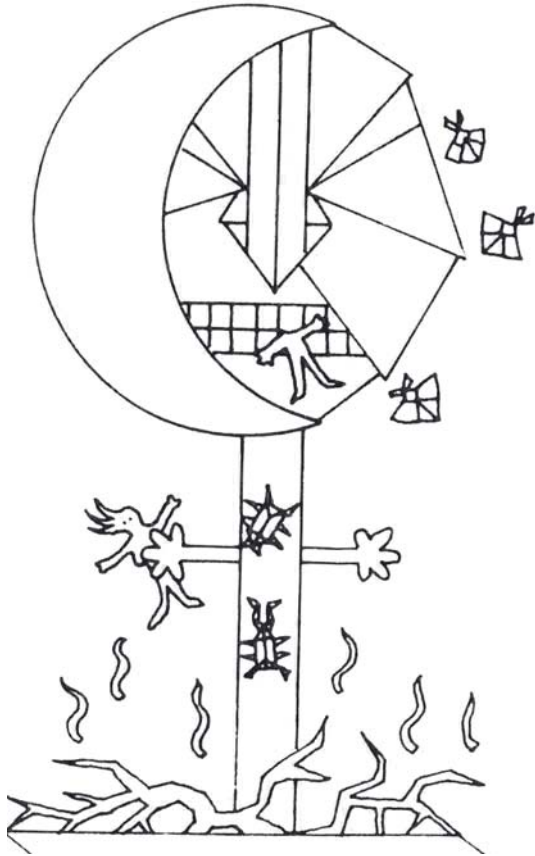




Entonces, mientras el dios Uwi hacía fermentar la chonta, pensó en invitar a Etsa y a Iwia y así lo hizo. Los dioses Iwia y Etsa nunca se habían juntado para nada que no fuera combatir a muerte, pero ambos sabían que las invitaciones de Uwi no se debían rechazar y acudieron a la cita.



Etsa, el que hace verdear las hojas, el que enseñó las puntas y los venenos a los hombres, el que ablanda las carnes frente al fuego, Etsa el que da recta visión, llegó a la caída del sol y se sentó frente a Uwi.



Iwia llegó con la noche. A la hora de los escarabajos, cuando las fogatas de la tribu remedaban a las luciérnagas, con el canto de los sapos que lloran porque quieren ser más duros. Iwia, la que devora a los hombres y a los niños, la que hace perderse a las mujeres, la que carcome las raíces y apaga el

fuego. Iwia, la que hace caer los dientes, se acercó a Uwi por el lado más lejos de Etsa y se quedó de pie cerca de las brasas. Todos los animales corrieron a esconderse y todas las plantas pararon de crecer, porque se habían reunido Iwa y Etsa y eso era tan raro como un río que corre hacia arriba. La selva entera esperaba un desastre mientras los tres dioses se miraban en silencio.

Uwi sirvió chicha para tres. Entonces Etsa dijo: "Gracias, Uwi, el que hace madurar las frutas. Sepan los demás espíritus que los recuerdo y los honro. Sepan los hombres que pienso en ellos cuando hago más lentos a los animales para que los puedan atrapar, sepan las tortugas que las respeto en su paso y los papagayos que los respeto en su prisa. Sepan todos que agradezco la invitación y que por eso he venido, pero preferiría no probar esta chicha, porque si vamos a estar juntos, si vamos a ser uno solo, que es lo que hace la chicha, estaríamos dejando de combatir Iwia y yo, estaríamos dejando de enfrentarnos, estaríamos cambiando el mundo y nadie tiene derecho a eso".

Entonces dijo Iwia: "Vine aquí desde el río, desde las aguas del río. Vine aquí por las tierras húmedas, dejando atrás a los peces. Vine aunque había unos niños solos que podría haberme comido. Vine porque me invitaron y acepté la invitación y aquí estoy. Preferiría no probar esta chicha, porque si la pruebo estaría con Etsa y no contra él, porque me acercaría a él como nunca y no le estaría haciendo daño, porque

si la prueba nos daría sueño y dormiríamos juntos y los que duermen son débiles y los débiles necesitan que los cuiden y nadie me puede cuidar".

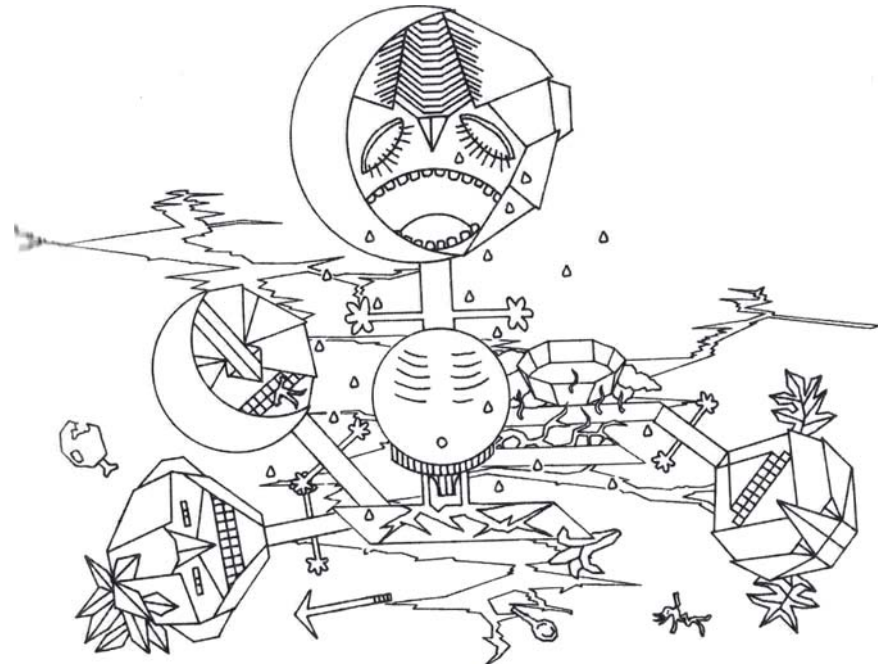
Y el fuego blanqueó las ramas y su voz de humo subió bailando al cielo.

Entonces Uwi respondió: "Respondo que la chicha está fría y la noche está oscura. Respondo que las piedritas blancas del cielo nos cuidan para que nadie nos dañe. Respondo que el mundo cambia porque las flores se deshacen en fruta y las nubes en lluvia. El mundo siempre cambia y no tenemos derecho a impedirlo. Respondo que beberemos juntos, dormiremos juntos, soñaremos juntos y seremos uno".

Uwi, Iwia y Etsa entonces tomaron de la chicha como enseñan los viejos. Volvieron a tomar, cantaron canciones, y después se durmieron. La noche se fue arrugando como el capullo de las mariposas y dejó estirado el día.

Cuando el sol hizo brillar las hojas más altas, esas que solo brillan para los halcones, Uwi, Iwia y Etsa despertaron y vieron que junto a ellos había un niño, una guagua gigantesca, llorando sin parar, con un llanto tan fuerte que nunca se ha oído en el mundo nada más terrible.

Entonces Uwi dijo: "A mí no me miren, a mí no me digan nada, yo les invité a un vasito de chicha no más".

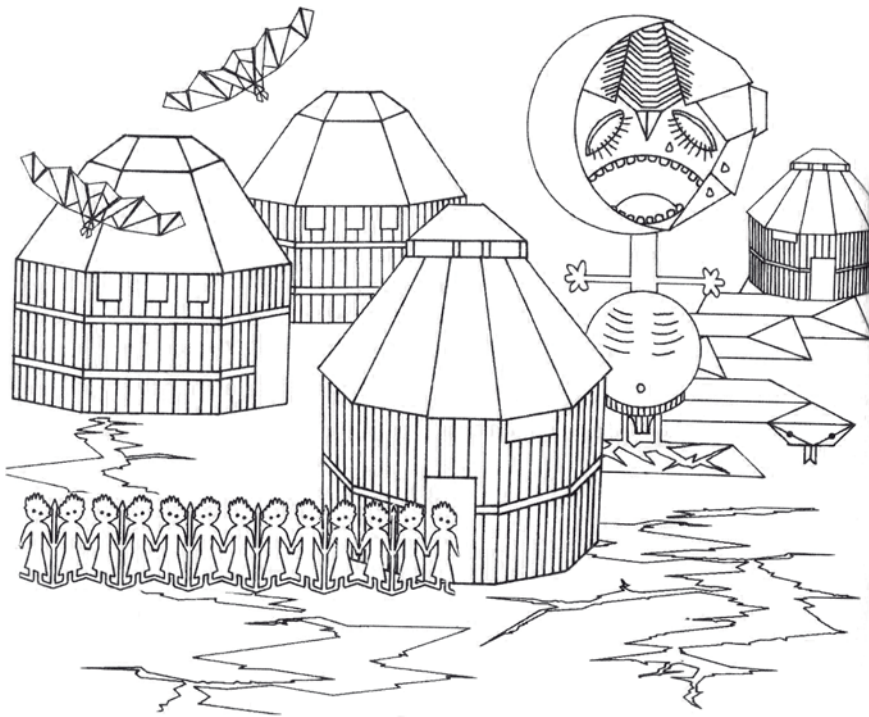


"Este es el hijo que nació de nosotros" —dijo Iwia, pero sus palabras apenas se escucharon porque los gritos del niño eran tan fuertes que ni los dioses podrían mantenerse de pie.

Etsa, gritando con todas sus fuerzas, dijo: "Si este es nuestro hijo, Iwia, no puedo permitir que lo devores. Pero si también es hijo tuyo, no puedo yo cuidarlo, porque Shakaim y yo siempre te hemos combatido".

"No podemos dejarlo aquí para que muera, porque no podríamos volver aquí a tomar chicha. Entreguémoselo a los hombres —dijo Uwi—. Ya les he dado yuca, el plátano, la cera y la miel y la chicha. Todos mis regalos los reciben bien. Ellos sabrán qué hacer con el niño".

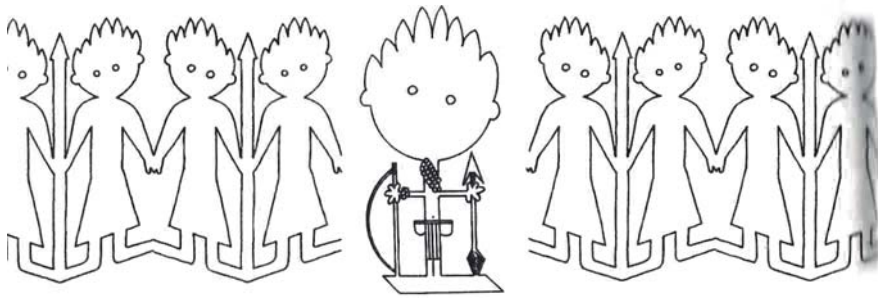
Así la tribu de la gente se encontró con un bebé enorme, berreando y pataleando en el espacio entre las chozas. Era el Niño Terremoto. Sus gritos eran tan fuertes que la tierra se sacudía, se agrietaba



y se partía. Y las anacondas y las lombrices salían de su sueño para enroscarse como ante un ataque y las hojas se dejaban caer sobre las ramas y las ramas sobre los techos y los techos sobre las cabezas. Y los capibaras se lazaban al río y los caimanes, en vez de morderlos, salían a gritar a la orilla y el cielo se llenaba de murciélagos y pájaros blancos y los niños gritaban y las abuelas gritaban y los hombres gritaban y las aguas se salían y todos tenían miedo. Y nadie sabía cómo hacer callar al Niño Terremoto, que no quería la leche de las mujeres, ni los juegos de las abuelas, ni los plátanos ni los peces de los niños.

Pero peor aún que los gritos, peor que los temblores y peor que el miedo, era que los arutma wakán, los espíritus de los ancestros que guían los ojos y los dardos, los espíritus de los que ya murieron pero que nos guían en la selva, habían desaparecido en silencio y no aparecían bajo las chozas entre las hormigas, ni con las piedras brillantes como los escarabajos ni en las cascadas donde van a buscarlos los niños cuando quieren empezar a ser hombres.

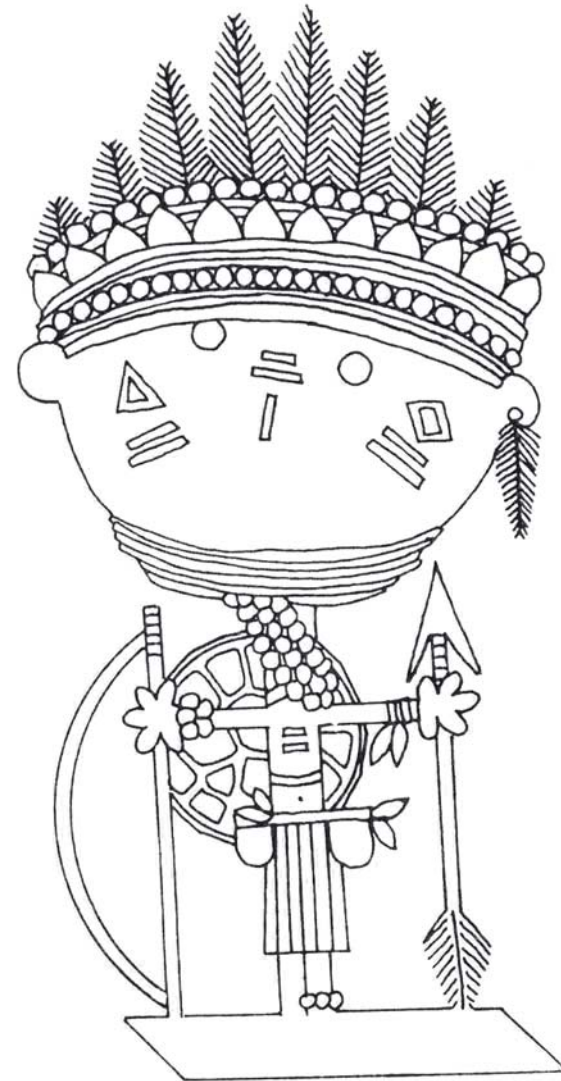
Entonces la tribu le dijo al Cazador: "Tú, Cazador, el mejor de los nuestros, tú que nunca mataste animales pequeños, tú que con barbasco calmas los peces, tú que eres más paciente que las ranas y más astuto que el kinkajú. Tú, vístete con tu etsemat en el pelo y las bellas plumas del chingui-kiáka. Coge tu yumi y cuélgate tu chipoti lleno de birotos con curare. Llévate tu kamíka, tu tzentzenmaka y tu

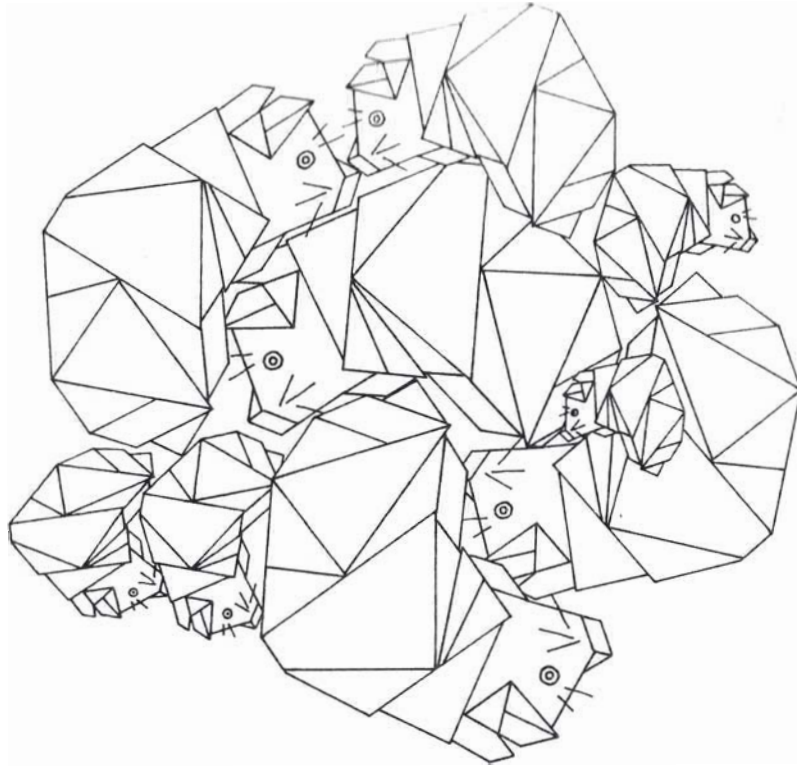


escudo de kamáka. No te olvides tu huambáchi, para que lleves y traigas cosas. Parte en viaje y averigua cómo callar a este niño y cómo encontrar de nuevo nuestras almas o no vuelvas nunca porque moriremos de frío, de hambre y de miedo. Anda, que Shakaim te dé la fuerza".

Cazador obedeció y partió. Partió por la selva manteniendo el río siempre a su derecha. Partió porque la tribu se lo pedía pero partió con miedo porque sin su arutma wakán, sin su alma de ancestro, él era muy poco. Él que era el más fuerte, el más rápido y el más astuto, sabía que nadie puede hacer nada solo. Cazador pensó, rascándose la cabeza. Decidió que si los hombres y las mujeres no sabían qué hacer, si las almas guardaban silencio, tendría que ir a preguntarles a los animales. Trepó, escaló, descendió, vadeó, saltó, se arrastró y caminó.

Primero encontró un grupito de cuis y agutís, hechos una bolita, unos encima de otros. Pensó un poco y decidió preguntarles. "Hola, ratones", les dijo.





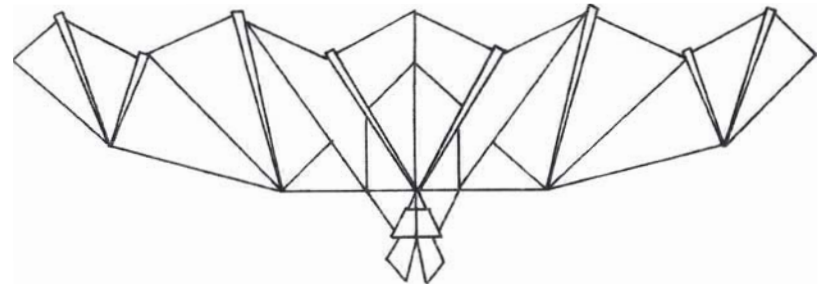
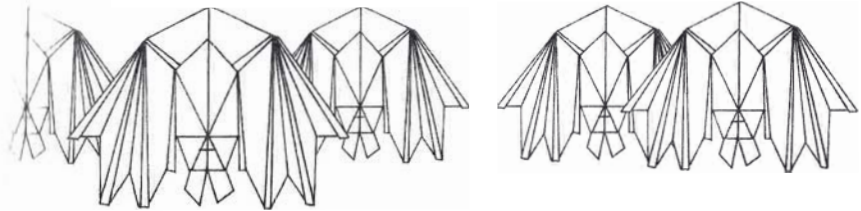
"Ustedes salen y entran y para ustedes la noche es como el día. Ayúdenme porque el mundo está por acabarse. ¿Cómo hago callar a ese niño?".

El niño se siente solo, dijeron los agutís. Sí, sí, se siente solo, dijeron los cuis. Nada es peor que estar solo, dijeron los cuis. Nunca hay que estar solo, dijeron los agutís. Apriétense todos juntos en una madriguera, háganse un montoncito en un hoyito en el suelo y todo va a estar bien.

Cazador les dio las gracias y pensó un poco, rascándose la cabeza. No habían dejado solo al niño.

A pesar de sus gritos, las mujeres se habían arrastrado hasta él para tocarlo y lo habían cubierto para que no lo molestara la lluvia. Tenía que ser otra cosa. Decidió seguir preguntando. Fue entonces a los manglares donde duermen los murciélagos protegidos por la fresca sombra y les dijo: "Ustedes, que cuando vuelan prestan atención y cuando se reúnen conversan, ayúdenme, díganme qué debo hacer".

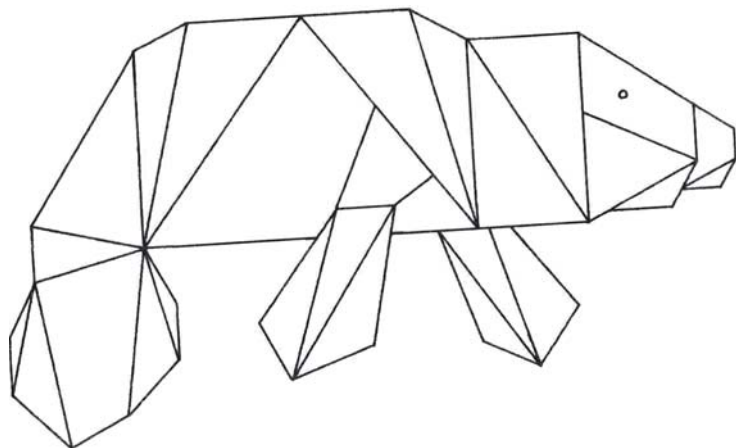
"¿Podrías hablar más despacio? Que se calle y vuelva más tarde, por favor. No hay necesidad de gritar. Todavía es temprano, sht, más despacito que me parte la cabeza; si quieren gritar, múdense a otro árbol. Déjenme dormir. Déjenme tranquilo. Nos dormimos muy tarde, nos levantamos muy temprano.



No nos molestes, por favor. Seguramente el niño llora porque no lo dejan tranquilo. Todos necesitamos que no nos molesten. Todos necesitamos estar solos un rato, tranquilos, con nosotros mismos. Y ahora, permiso, queremos seguir durmiendo".

Cazador se sentó en una piedra de la orilla a pensar. No creía que fuera eso, la gente había probado a dejarlo solo y eso solo lo hacía llorar más fuerte. Cazador se rascó la cabeza. Decidió preguntarle a alguien más.

Un manatí vino flotando hasta donde estaba Cazador. "Hermano del agua, dime qué debo hacer", le dijo el hombre. "Deja pasar el rato, hermano seco —dijo el manatí—. Deja que cambie el río y que se vayan los caimanes. Siempre es así, cuando no sé si comer o dormir, cuando no sé si prefiero el alga o la hierba, si hundirme o flotar, dejo pasar un rato y el barro decanta y todo se aclara".



Pero el tiempo había pasado y nada estaba mejor. En la aldea los temblores seguían, iban en aumento, los árboles alrededor de las chozas se habían partido. La comida estaba sucia, esparcida en el suelo, los cuencos de agua volcados, y las herramientas rotas. Cazador pensaba y tenía miedo y la noche empezó a crecer desde las hojas más oscuras.

Cazador miró hacia el cielo y vio, entre dos ramas, dos estrellas más brillantes que el resto. Eran los ojos del Gran Jaguar.

—Buenas noches. No tengas miedo.

—Soy Cazador y no tengo miedo.

—Mientes. Si no conocieras el miedo no podrías cazar. Tu gente tiene miedo del hambre y la sed y de esos temblores y tú tienes miedo de no poder cumplir.

—Bajo mi lanza, para mostrarte que no temo.

—No he venido para asustarte ni para quitarte lo que has cazado ni para llevarme a tus hijos. Acércate, quiero que hablemos. Puedes traer tus armas, no tengo miedo. He comido muchos corazones y me he endurecido. No tengo memoria ni compasión. Arriesgo todo porque no tengo nada que cuidar, nada que perder. Solo sé contar cadáveres.

—La tribu me manda a hacer callar a ese niño que sacude el suelo.



—Lo sé. Yo también lo quiero. No puedes quedarte aquí pensando, la solución está en la acción. Soy más fuerte que el veneno y más rápido que la cascada. Si quieres puedo acompañarte y protegerte y ayudarte hasta que el Niño Terremoto se calle y podamos volver a cazar en paz.

—Acepto tu ayuda, pero cuando el niño se calle, volveré a disputarte la presa.

—Cuando el niño se calle volveré a perseguir a tus hijos.

—Cuando el niño se calle volveré a espantarte con fuego y a invocarte con cantos.

—Pongámonos en camino.

—¿Qué debemos hacer?

—Vamos a hablar con la Perezosa.

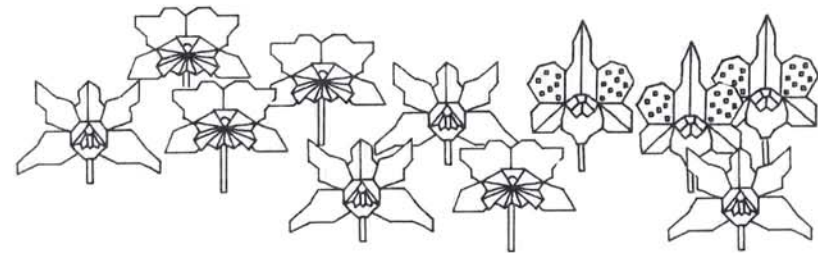
—Guíame.

—Primero tienes que quedarte quieto. De nada sirve tu prisa. Estás débil. Lávate en el río y toma agua. Recoge fruta y canta. Te traeré un pescado y después dormirás un poco. No enciendas fuego, yo velaré por ti.

Cuando se abrieron las orquídeas para recibir la mañana, Cazador y Jaguar ya estaban en camino. Treparon, escalaron, descendieron, vadearon, saltaron, se arrastraron, caminaron y llegaron frente a la gran ceiba donde vivía la Perezosa.

—Buenos días, hermana de las alturas. No hemos venido a quitarte a tus crías, sino a buscar consejo, dijo el Jaguar. Pero la Perezosa guardó silencio.

—Buenos días, hermana que cuelga de cabeza. No hemos venido a sangrar tu árbol, no hemos venido a treparlo. Estamos aquí para escuchar tu voz. Pero la Perezosa guardó silencio.





—Cuéntale un chiste —dijo Jaguar.

—¿Qué? —dijo el hombre.

—Que le cuentes un chiste. A lo mejor si se ríe nos contesta.

Cazador meditó un momento, se rascó la cabeza y dijo: "¿Cuál es el colmo de un sapo?... morir de viejo y no de sapo". Pero la Perezosa guardó silencio.

—Escúchanos, Gran Hermana Floja. Todos estamos en esto aunque algunos no lo vean. ¿No escuchas los llantos y los gritos? Hay que encontrar una forma de callarlo.

Pero la Perezosa guardó silencio.

—Escúchanos, Hermana Lenta. Esos llantos son una amenaza. La tierra se quiebra, las plantas se secan y los seres se espantan. Y el problema va

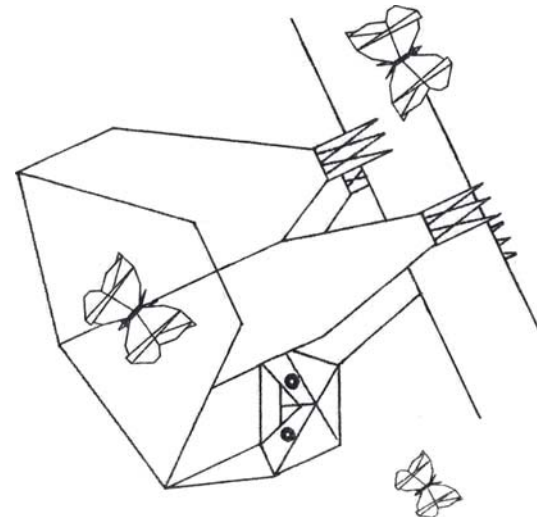
avanzando. Si sabes algo, por el bien de todos, ayúdanos. Sabremos recompensarte.

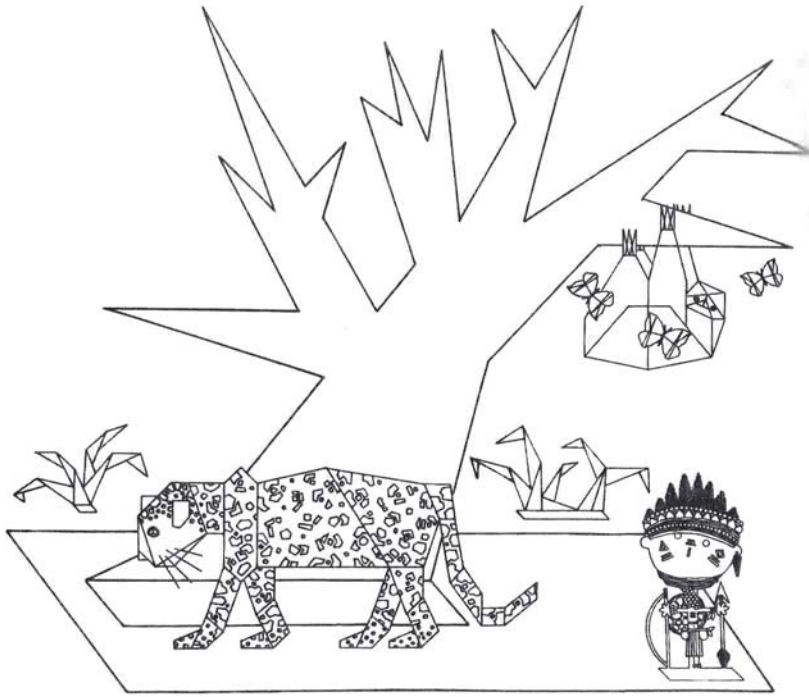
Pero la Perezosa guardó silencio. Cazador y Jaguar se miraron en silencio. No había nada que hacer. Empezaron en silencio el camino de regreso. Tendrían que encontrar otra respuesta. Ya estaban casi a un tiro de piedra del gran árbol cuando oyeron, despacito, la voz de la Gran Perezosa: "Ji, ji, ji. No de sapo. Qué fome. Pero igual me gustó. Ya, voy a ayudarlos. Pero déjenme pensar un ratito".

El ratito, por supuesto, fue tan largo que el Jaguar alcanzó a contarse todas sus manchas frotándose las con la lengua.

La Gran Perezosa dijo: "Tengo la respuesta. La respuesta es la caca".

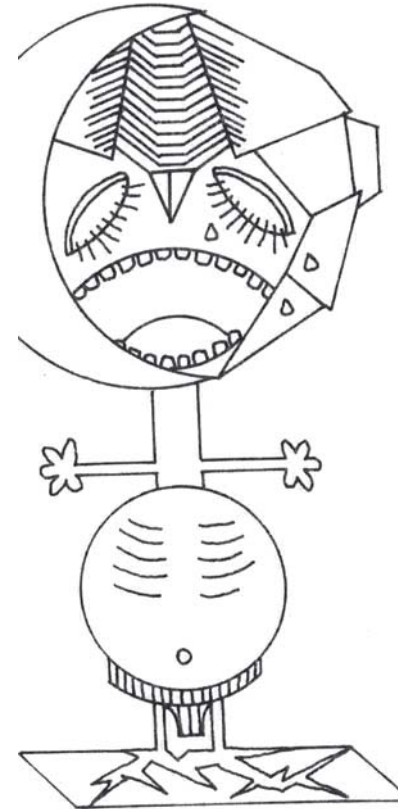
"No puede ser —dijo Cazador—. Ya probamos a limpiarlo con agua y hojitas".





"No me refiero a eso —dijo y bostezó la Perezosa—. No estoy hablando de la caca-caca. Hablo de los que se apuran, de los que no recuerdan o dejan pasar las cosas. Hay algunos que dejan pasar las cosas. Hay algunos que pasan por alto las hojas muy duras, los tallos fibrosos. Hay otros que se olvidan de las cosas y las dejan atrás, como las hojas que no pueden digerir y les salen en la caca. Yo no, yo mastico todo, yo le doy vuelta a las cosas, yo guardo, yo no me olvido de nada hasta que deja de servir. La última caca que hice fue hace tanto que casi no me acuerdo. Yo nunca olvido nada. Así como mastico las hojas, mastico los recuerdos, repito las frases que no entiendo hasta que las entiendo y todo

lo guardo y en mi caca todo sale bien molido, como mis palabras, que siempre están bien pensadas. Sé lo que le pasa a ese niño. Hace tiempo pasó algo parecido, pero no era lo mismo, las cosas nunca se repiten. Esa vez era un hombre que lloraba por su mujer. En el recuerdo está la solución. Este niño llora porque su madre no lo abraza y su padre no lo mira. Necesita que le canten una canción especial"



—Vamos ahora mismo —dijo el Jaguar—. Conozco canciones que dan miedo, canciones para calmar a los ratones antes de morderlos. Sé canciones espantosas que les van a gustar, las que uso para combatir a las serpientes.

—Esas no sirven —dijo la Perezosa—, necesita una canción más profunda, una que calme a la tierra.

—Pidámosle al coro de los tapires, tienen mucho ritmo —dijo el Jaguar.

—Más profunda y más dulce todavía, necesita una canción de una cabeza de tzantza, una a la que no se le haya cosido la boca y que cante.

—¿Una qué?

—Tzantza —dijo la Perezosa y bostezó—. Las cabezas de sus enemigos que los hombres reducen con una ceremonia. Necesitas una a la que no le hayan cerrado la boca.

—No hay ninguna así —dijo Cazador—, y se apartó muy serio y rascándose la cabeza.

—Fácil —dijo el Jaguar. Ya tengo hambre, matemos un monito o un niño y que el cazador haga tzantza.

—No se puede —dijo la Perezosa—, te olvidas de la tradición. No funciona así con cualquier cabeza. Cazador debe encontrar un verdadero enemigo. Solo venciendo a un verdadero enemigo puede practicarse

el tzantza. En estos tiempos de paz, la gente no tiene enemigos. La selva está condenada, el niño jamás va a callarse.

—Yo tuve un enemigo. Hace mucho tiempo hubo una guerra, porque así como hay tiempos de paz hay tiempos de guerra. Comenzó mucho antes de mi tiempo. Los combates no eran siempre, sino de cuando en cuando. La otra tribu venía y nos dábamos golpes. Después se hacía una fiesta. La primera vez que pude participar vi a mi enemigo. Nos parecíamos mucho y me cayó pésimo desde el principio. Nos pusimos a pelear y no paramos más. Nuestras abuelas tenían que separarnos a la fuerza cuando llegaba la noche. Seguimos peleando cada vez que podíamos hasta que en una crecida de río su pueblo se fue a las tierras más allá de la montaña. Prometimos volver a pelear, pero a mí los espíritus me eligieron como Cazador y ya no podíamos juntarnos. No nos hemos vuelto a ver.

—Tendrás que viajar hasta allá, más allá de la montaña, Cazador. Tendrás que matar a tu enemigo para salvar al mundo— dijo la Perezosa.

En la selva no llega el viento. Las plantas y los árboles le cortan el paso y lo desmenuzan, lo deshilachan. Pero había viento esa noche, cuando los tres comenzaron el viaje bajo la luna. Perezosa se subió al lomo del Jaguar para viajar más rápido, aunque tomaron el camino más solitario porque a Jaguar le daba vergüenza que lo vieran. Treparon, escalaron,

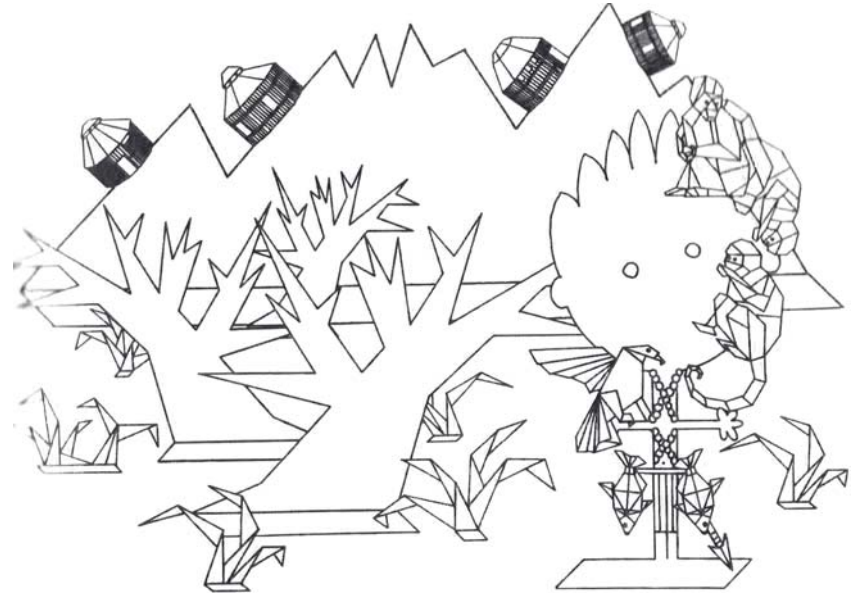
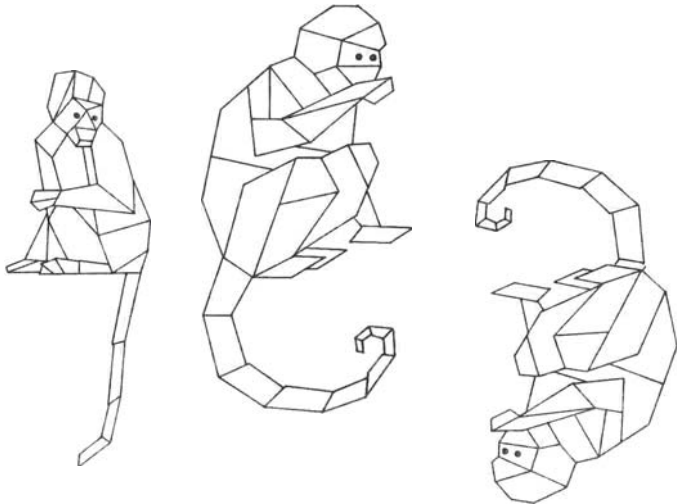
descendieron, vadearon, saltaron, se arrastraron, caminaron. Atravesaron hilos de agua, barro negro, hojas brillantes, troncos rugosos y resbaladizos sin detenerse nunca hasta alcanzar la cima de la montaña, donde una niebla espesa apenas los dejaba ver. Cuando se detuvieron, Perezosa dijo: "En realidad era bueno el chiste del sapo. Ahora solo tenemos que atravesar el valle de los monos para llegar".

— Ay, no —dijo el Jaguar.

—¿Qué pasa? —preguntó Cazador.

—Ese valle está lleno de los monos más ruidosos y desordenados que existen. Hay monos araña que trepan y saltan y monos aulladores que hacen mucho ruido. Hay monos tití que ponen caras, monos ardilla que se sacuden y ucarís que dicen cosas divertidas —respondió el Jaguar.

—No es tan grave, no puede ser peor que el Niño Terremoto —dijo Cazador.



—No. Son mucho mejores. Ese es el problema. Sus juegos y sus bailes son casi imposibles de resistir. Apenas unos pocos han logrado atravesar. Los demás se quedan bailando y haciendo ruidos divertidos. Corremos el peligro de olvidar nuestra misión —explicó el Jaguar.

—Si puedo sobrevivir al dolor, no le temo a la alegría— dijo Cazador.

Y así se internaron en el terriblemente alegre valle de los monos. Y cuando lograron salir, tenían justo enfrente la choza del enemigo. El enemigo tenía cara de simpático y salió a recibirlos.

—El zorro ataca y el puercoespín se defiende. Mi abuelo vivía la última vez que nos vimos ¿Qué haces aquí tan lejos de tus tierras de caza?

La anaconda ataca y el armadillo se defiende. He venido a luchar contigo una última vez, si es posible.

—El caimán ataca y el pecarí se defiende. ¿Por qué una última vez? Ahora que nos vemos, peleémonos muchas veces.

—El ocelote ataca y el venado colorado se defiende. Esta vez es distinto. Pelearemos hasta la muerte.

—El caimán ataca y el lobito de río se defiende. Mis hijos están crecidos, cada uno tiene su arutma wakán. Mis hijas han crecido, cada una maneja un palo de mortero. Pero tú debes tener hijos pequeños. No debemos pelear así.

—El Kinkajú ataca y la cuica se defiende. Mi arutma wakán, el alma de mi ancestro que me guía en la selva, se fue entre las ramas y ya no puedo cazar. En mi pueblo hay gritos y la tierra tiembla y mi alma no volverá hasta que haya silencio. Arutma ha querido que tengamos entre nosotros un niño terremoto. Necesito que luchemos para callarlo. Por favor. Y si uno mata al otro, el que quede practique tzantza.

—El yaguarundí ataca y el agutí se defiende. Busquemos entonces un hermoso claro lejos del agua, que no se manche el río con la sangre. Encenderemos un fuego y pelearemos a su alrededor.

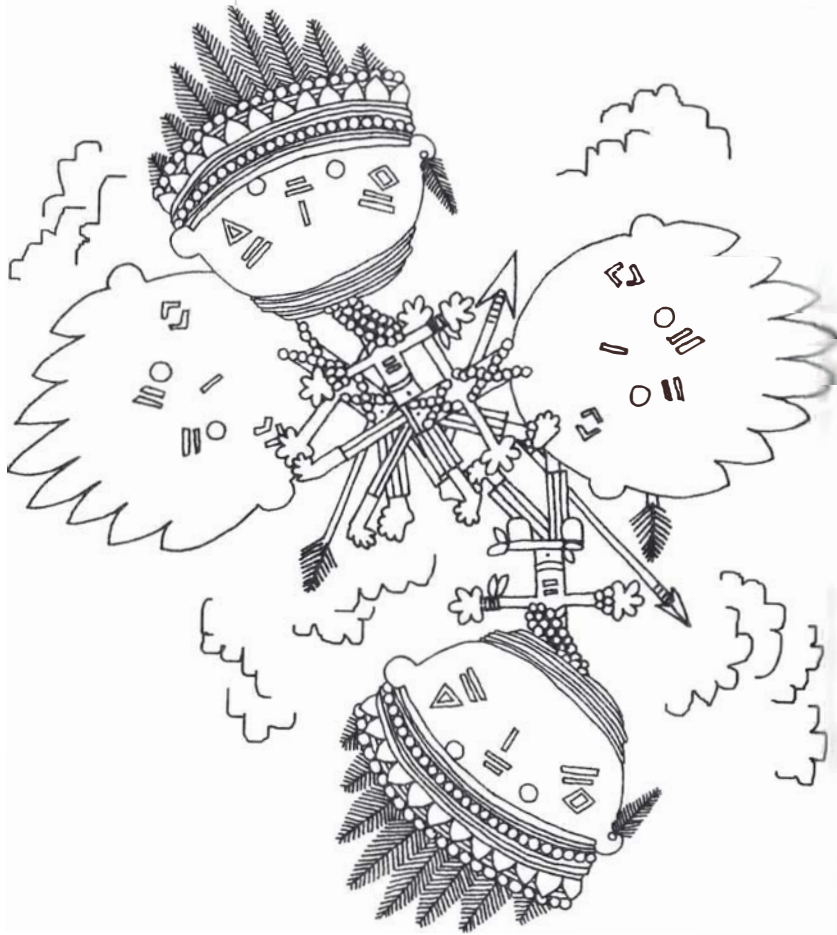
—El irará ataca y la rana se defiende. Sepan tus hermanos, sepan tus mujeres, tus hijos y tus amigos, que siempre podrán guarecerse en mi casa y compartir mis herramientas y mi comida. Tanta es mi gratitud.

—El murciélago ataca y el camarón se defiende. Menos conversación y más peleíta.

Ocurrió el combate. Perezosa y Jaguar lo observaron a lo lejos. Y llegaron los bichitos y lagartos a mirar. Y vinieron los osos mieleros a mirar. Y vinieron los margayes y los osos hormigueros y los puercoespines de los árboles a mirar. Y vinieron los irará y las marmosas a mirar. Y los peces, que no podían venir, mandaron a preguntar. Y nunca se había visto un combate más alegre, ni más cariño mezclado con los golpes.

Mientras miraban, Jaguar dijo: "Tengo algo entre el pecho y la garganta, algo parecido a cuando sentía los dientes de mi madre tomarme de la nuca. Siento que quiero recordar esta historia y contarla. No sé lo que me pasa".

"Lo que tienes se llama compasión —dijo Perezosa—. No podemos vivir junto a las personas sin cambiar un poco, porque sus palabras son como el río que no podemos atravesar sin mojarnos. Yo misma he olvidado cosas, como el chiste ese del sapo... no te preocupes tanto, pero guarda silencio que no me quiero perder esta parte".



Y la pelea, aunque terrible, a ratos parecía un baile. Tanto se conocían Cazador y su enemigo que se movían como si sus corazones fueran un solo tambor que les marcara la danza. Y quedaban trabados en sus golpes y aprovechaban de conversar, pero volvían a la pelea y jadeaban y gemían de cansancio.

Y entonces, cuando ambos estaban al borde de sus fuerzas...».

[!:] *el cuento llega hasta aquí. Volvemos a la escritura dialogada].*

TRES: ¿Y?

DOS: ¿Y qué?

CUATRO: Cómo sigue el cuento.

DOS: No sé, faltan las dos páginas siguientes.

TRES: Deben ser las que doblaste para hacer figuras.

DOS: No, mira, estas tienen números y símbolos raros.

UNO: Hay que buscar las páginas que faltan.

AUXILIAR: Mira, aquí hay una que parece que es: [lee] "...Y un palito de canela. En una sartén con un poco de mantequilla se ponen las frutas peladas y cortadas con las especias...". No, parece que esto no es.

UNO: A lo mejor el cuento terminaba mal y por eso sacaron las hojas.

DOS: No creo. A los libros viejos les pasa, eso es todo.

TRES: Nunca vamos a saber cómo terminaba el cuento.

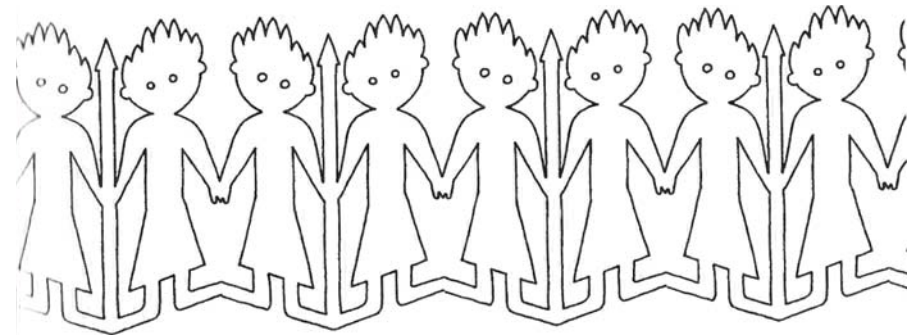
AUXILIAR: No hay que preocuparse tanto de lo que se pierde, hay que reconstruirlo.

- TRES: Pero yo quiero esas hojas que faltan.
- CUATRO: ¡Quiero que me digan el final del cuento!
- [A partir del diálogo siguiente y hasta la próxima vez que hable Dos, pueden decir esto con mucho ritmo; cantando si quieren. Si les parece, pueden animar al público a que le de un final a la historia con estas palabras y agradecer cada una de las versiones, no importa que sean finales locos o raros, importa que puedan ver opciones distintas. También pueden decir en esta parte los finales que a ustedes se les ocurran. ¿En cuáles pensaste? Cuando ya les parezca suficiente, pueden agradecer a todos, dejar de cantar y retomar con el Auxiliar haciéndolos callar].*
- UNO: Si no está escrito, a lo mejor podemos inventarlo.
- AUXILIAR: Que alguien cuente alguna historia. Que alguien nos diga que pasó.
- TRES: Un final triste o alegre, pero que pasen hartas cosas, por favor.
- CUATRO: Que la historia siga otros caminos, que sea inquietante, que haya chistes, que tenga desvíos y que tenga atajos.
- UNO: Que tenga repeticiones, que tenga repeticiones.

- DOS: Gracias por tu historia, muy interesante. Gracias por tu versión del destino. Todo va a estar bien si podemos contarlo.
- AUXILIAR: Sht.
- UNO: Mi mamá dice que es muy feo hacer callar a la gente así.
- AUXILIAR: Sht. *[Bosteza]*.
- TRES: Está temblando, otra vez está temblando.
- DOS: Vamos a estar bien, creo.
- CUATRO: Tengo miedo.
- UNO: No se duerma.
- [Auxiliar bosteza y cabecea mientras todo tiembla, pero no se duerme].*
- AUXILIAR: Esta réplica es más suave. No tengan miedo, yo los voy a proteger.
- DOS: Ya, parece que ya pasó.
- UNO: ¿Seguro?
- CUATRO: Sí, el piso ya no se mueve, son mis rodillas las que siguen temblando.
- AUXILIAR: Vamos al patio a reunirnos con el resto. Nos deben andar buscando.

- TRES: ¿Y qué va a pasar con los libros?
- AUXILIAR: Ustedes son más importantes. No sé. Le voy a explicar todo a la directora y los van a botar, supongo. No se puede guardar todo.
- UNO: Tampoco se puede olvidar todo.
- DOS: Te puedo ayudar a inventarle el final que le falta.
- CUATRO: Yo quiero el libro de chistes. “¿Cuál es el colmo de alguien que hace sushi? Que su hijo juegue juegos de roll”.
- TRES: A mí me interesan estos.
- UNO: Yo quiero llevarme el de omigari.
- AUXILIAR: Origami.
- UNO: Eso, el de omigari.
- AUXILIAR: Hagamos algo. Que cada uno se lleve lo que pueda cargar. No más, porque es peligroso. Una mano con libros y la otra para dársela a un amigo. Que no se les olviden las cosas que inventaron, para que las puedan contar. Y ahora vamos donde los demás. Salgamos.
- UNO: Esperen. Este libro tiene cuentos de viaje. Vamos leyéndolo en el camino.

I con eso se termina la obra. Si los niños terminan tomados de la mano pueden saludar mientras el público aplaude. Y si no aplaude, pidan que los aplaudan, se lo merecen].



El final

Estás llegando al final de este libro. Espero que te haya gustado. Puedes contarle a alguien la historia del libro, o leérsela, o prestarle el libro para que lo lea. Aunque también puedes dejarlo solo para ti, escribir en los márgenes una versión del final del cuento, o colorear los dibujos, para que tu ejemplar sea único, porque lo pintaste tú. Los libros se pueden usar de varias maneras. Puedes volver a leerlo o tratar de hacer una obra de teatro. Me gustaría mucho que hicieras tu propia versión. Puedes mostrársela a tu familia o quizás presentarla en el colegio.

Antes de que el libro termine, quiero contarte quiénes hicieron una obra de teatro con esta historia la primera vez.

Niño Terremoto, se estrenó el 9 de julio de 2011 en el Teatro Universidad Católica, en Santiago de Chile. La obra fue creada gracias al apoyo del Concurso de Creación y Cultura Artística UC 2010, en un proyecto dirigido por Milena Grass.

Este fue el equipo que trabajó en la obra:

Dirección: Gala Fernández

Elenco: Christian Aguilera, Damián Gallardo, Renato Jofré, Alexei Vergara, Sofía Zagal.

Percusionistas: Patricio Barrientos, Tomás Moreno.

Diseño de escenografía: Andrea Ugarte

Diseño de vestuario: Carola Sandoval

Realización de vestuario: Sergio Aravena y Paulina Maldonado

Realización de tocados: Gabriela González

Realización de vestuario shuar: Katiuska Valenzuela

Diseño de iluminación: Pablo de la Fuente

Diseño de sonido: Javier Negrete

Origami: Mercedes Mujica

Fotografías: Diego Nawrath

Ilustración del afiche: Andrea Ugarte

Producción: Mario Costa y Verónica Tapia

Ahora sí estamos casi en el final, casi. A mí también me gusta leer libros, y me da un poco de pena cuando se terminan. Por eso me gusta hablar con mis amigos y mi familia de lo que leí. Hablando siento que las cosas duran un poco más. También tú puedes conversar sobre algunas cosas que aparecen en el libro. Quizás has estado alguna vez en un terremoto. Quizás no, pero conoces a alguien que sí. ¿Recuerdas lo que sentiste? Si no lo has vivido, puedes preguntar cómo se siente. La verdad, no podemos saber cuándo va a ocurrir un terremoto o alguna otra cosa un poco mala, pero podemos hablar para sentirnos mejor. Y de las cosas buenas, podemos hablar para hacerlas durar otro poco.

ANDRÉS KALAWSKI ISLA

Nació en Santiago de Chile en 1977. Estudió en la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, y luego en la Universidad de Chile, donde obtuvo un magíster en Literatura. Es escritor de cuentos infantiles, dramaturgo y guionista de cine y televisión. Actualmente es director artístico del Teatro UC y profesor en el área guiones de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica y en la Escuela de Teatro de la misma universidad. En Alfaguara Infantil es autor, junto a Andrea Ugarte, de *La niña que se perdió en su pelo* y *El mar en Manuela*. Ahora vuelve con *Niño Terremoto*, obra merecedora del premio Marta Brunet en el año 2012.